

"Por el camino del Románico Conquense (I) : esa ruta del Campichuelo..."

Uno no sabe si la historia se hace al caminar o sí es el camino el que irá, paulatinamente, marcando el peso histórico de cada lugar o de cada entorno. Lo cierto es, que cuando te deslizas suavemente por caminos quebrados, a veces polvorientos y en ocasiones, solitarios, te inunda la tristeza del olvido y es, en esos momentos, cuando encuentras el sentido del tiempo porque a veces, la belleza no solo está en la naturaleza privilegiada y señorial sino que aparece sumisa bajo el encorchado de una espadaña poco altiva o enroscada en el portón de una fachada desdentada por el peso de los años y los avatares vividos.

El Campichuelo no es nombre despectivo, pretende dar vida a un rincón de nuestra abnegada provincia que vive a camino entre las grandes comarcas naturales de la Sierra y la Alcarria y que da vida a una serie de extensas hondonadas y valles donde duermen pequeños pueblos regados por numerosos arroyuelos que forman la red capilar de tierras, a veces rojizas, o tan ocres como el cigarral que, sin querer despertar del sueño dormido, te van abriendo paso hacia tierras solemnes de una Serranía maravillosa:

*"Entre ocres dorados a destiempo, sus aguas,
fluyen hacia arroyos centenarios, y gimen."*

Y es que, andar por el Campichuelo te enaltece y te sumerge, sin apenas darte cuenta, en la inmensidad del océano del tiempo histórico porque, no hay yacimientos que definan una rica antigüedad, no quedan restos que amparasen grandes hazañas, y no dicen, hubiese hombres ilustres propios de la vanagloria, pero en el rostro de los paredones de esos pequeños templos del recogimiento hay tanto arte como sentimiento en sus propios corazones.

Nos decía aquel Carlos de la Rica, tan genial como su entorno, tan vivo como su obra, tan grande como su arte, aquel artista que nos marca el camino de la belleza desde el cielo y que no nos deja desvirtuar los rasgos puros de la bella Cuenca que: *"...por el Campichuelo, de pronto, siento el cálido aire del siglo trece dándome en la cara, poniendo todo su mágico conocimiento en los albañiles que recorren la comarca, urdiendo las mismas fábricas, colocando sillares, añadiendo la espadaña, la severa traza, la pequeña portada dejando para luego el arco que apuntaba, la ojiva sobre el doble columnario, entre tejados siempre la pequeña ventana que rasga la cabecera del templo, las chimeneas, el caserío más bajo luego entre los árboles."*, ¡que bellas palabras engarzadas en ese ritmo poético que él sólo ha sabido construir!

Románico como arte. Románico como corazón de pueblos abnegados a un terruño ingrato. Entre pequeños valles más rastreados por el rebaño que

cultivados a destiempo, pudo elevarse y no sabemos porqué iglesias, espadañas, torres y portadas:

*"¡Ah!, portadas del Campichuelo,
riqueza del mundo, señorial congostura,
que adornan jalonadas, dovelas y hornacinas."*

Cuando a partir del siglo XII, estos territorios castellanos situados al sur del Tajo, son reconquistados por las tropas cristianas, empezará una repoblación, a veces agónica, pero firme en sus deseos de fortalecer un hogar que diese sentido a la evolución de los reinos hispánicos.

Gentes procedentes de la alta Castilla, del señorío molinés e incluso de tierras riojanas hasta aquí llegarán a crear estirpe y dejar la huella indeleble en sus rincones, en sus moradas, en sus campos, surgiendo núcleos de población que empezarán a cubrirse con "una blanca túnica de iglesias" de un indudable interés que, a pesar de su escasa monumentalidad, formarán una cadena de edificios románicos, los más humildes de nuestros monumentos, construidos en los últimos momentos previos a la desaparición de este estilo, en esas especialísimas circunstancias de reconquista y frontera tan fuertemente ligados a los movimientos repobladores.

El estilo románico constituye, sin duda, ese resurgir del arte cristiano, reuniendo las distintas tendencias de la temprana Edad media y encontrando un lenguaje propio en todos sus aspectos, aunque no exprese tal condición este románico localista de nuestra tierra.

Cronológicamente, el románico que se va a desarrollar en este territorio puede considerarse como tardío, con una abundancia de edificios construidos, bien entrado ya el siglo XIII. Pese a esta cronología tardía, estas tierras participarían plenamente del desarrollo y expansión que la época románica significó para todo el occidente europeo. La repoblación de la zona supuso la consecución de una seguridad territorial de la que había carecido durante décadas y, por consiguiente, dio lugar a un crecimiento demográfico, no tanto en estas tierras como en las cercanas a la ribera del Tajo, a la roturación de nuevas tierras y a la creación de numerosos, aunque pequeños, núcleos de población.

Cuadrillas de canteros procedentes en su mayoría de los núcleos rurales del norte o de los monasterios llegarían a las zonas recientemente conquistadas para intervenir en las construcciones más importantes o, simplemente, en las construcciones de los pequeños asentamientos. Su formación era la románica, desconociendo los ensayos que en muchos casos ya se estaban realizando, en las ciudades, con el incipiente gótico y por lo tanto, produciendo arquitecturas que en muchos casos se reducen a la mínima expresión del antiguo estilo, resultando un arte decididamente localista y popular, que aquí en Cuenca se llega a hacer, incluso, más humilde.

Las iglesias aquí construidas entran dentro de la tipología de este románico popular en el que estos edificios no son excesivamente monumentales y presentan un estilo localista por su programa o ejecución. Son iglesias de nave única, con presbítero, ábside y espadaña, orientándose, según su eje longitudinal, en la dirección oeste-este.

El ábside, situado al este y semicircular, se cubre con armaduras de maderas o por bóvedas de yeso de cuarto de esfera y dispone de ventanas aspilleras, a veces con derrames, flanqueadas en los ejemplos más notables por columnas que sostienen arcos de medio punto.

La puerta principal, situada normalmente en el muro meridional, suele estar flanqueada por pares de columnas que sostienen archivoltas múltiples de medio punto o apuntadas; se protege por un pequeño "tejaroz", algo muy usual en el Campichuelo dentro de su construcción popular. Al edificio de la iglesia se le adosa el cementerio, incluyéndole en el conjunto con un recinto murado que se sitúa en lugar preeminente y a veces, como coronación del núcleo. La comunicación con el cementerio obliga a la apertura de un segundo acceso que se suele abrir en el muro norte, enfrentado al principal del edificio y con una puerta, ahora cegada en la mayoría de las iglesias. Así lo encontramos en Torrecilla, la Frontera, Sotos y Mariana; o bien, accesos en el muro poniente, únicos o complementarios al principal, que aparecen en Villaseca, Zarzuela, Ribatajada y Ribagorda; en sentido contrario, estaría la de Ribatajadilla.

Tanto la nave como la cabecera se suele rematar con cornisa sobre caecillos lisos, cronisas de piedra o simples vuelos de roscas de teja vuelta.

La espadaña, símbolo ineludible de este bello estilo arquitectónico, es triangular, con dos otros huecos para las campanas y, se sitúa, en la mayoría de los casos, a los pies de la nave y sobre su muro de poniente. La irregularidad alcanza a casi todos los elementos del edificio, pues los descuadros y falta de simetría son características bastante generalizadas.

Pero, sin duda, este modelo de iglesia debe entenderse como el resultado de una simplificación, debido fundamentalmente a la popularización de los esquemas y del sistema de valores románicos, de los edificios que le preceden dentro del estilo. A nivel simbólico y a pesar de conservar los elementos fundamentales de la iglesia románica, se empieza a difuminar la idea básica de la articulación de dos espacios perfectamente definidos: el de la cabecera y el de la nave.

Esta gran variedad de iglesias nos permite poder encontrar una tipología que llega a ser original por su proximidad y, a su vez, por sus diferencias.

En iglesias con ábside semicircular y nave única y que, curiosamente, corresponden con las mejores muestras de este estilo arquitectónico, estaría la de Ribatajada, Torrecilla, Mariana, Pajares y la bella ermita de la Horcajada en Ribagorda, cuya irregularidad en su planta y su presbiterio le hace ser una de las muestras de mayor excepcionalidad de toda la zona.

En cuanto al tipo de iglesias totalmente abovedadas, cuyo elemento se utilizará fundamentalmente para los espacios de la cabecera, el presbiterio y el ábside, espacios que suelen ser bastante preeminentes y que en estos edificios de construcción de materiales humildes, suelen ser más significativos, tenemos la de la Frontera, Zarzuela y Villaseca, aunque en algunos casos presenten cierta duda, por haber sido sustituidas sus cabeceras. Es el ejemplo de Ribatajada, Sotos o Mariana, cuya cabecera se sobrevoló o se cambió su primitiva cubierta por una curiosa bóveda sobre los espacios del presbiterio y ábside como sucede en la ya citada ermita de la Virgen de la Horcajada de Ribagorda.

Sobre las espadañas podríamos igualmente hacer marcadas diferencias en base al mantenimiento de la original o de sus posteriores sustituciones o modificaciones.

En algunos casos, la sustitución completa de los antiguos campanarios por torres, algunas sin dejar rastro de la construcción primitiva, siempre más valiosa por su original ha modificado sustancialmente la estructura del edificio, haciéndole perder ese carácter estilístico que les define. Igualmente sucede en la orientación de su entrada principal que ha variado según el modelo constructivo, algunas veces obligado por necesidades de acceso. Es más usual encontrar el acceso principal a la iglesia en el muro sur, pero en esta zona aparece una variedad contrastada por la propia originalidad de su entorno. Así la entrada por la parte septentrional la encontramos en la iglesia de Torrecilla; con acceso en los muros norte y sur, está la Frontera y Sotos y con acceso a los pies de la nave, Villaseca, Zarzuela y Ribatajada, que además presenta accesos laterales. Estas tipologías están determinadas en adecuación del edificio al espacio urbano o, lo que es más probable, como comunciación secundaria con los recintos murados exteriores utilizados normalmente como cementerios.

En cuanto al trato en el elemento decorativo de los cuerpos de portada hay que hacer cierta distinción por cuanto suele ser la parte más llamativa, sugestiva y artística. Todo el esfuerzo decorativo del edificio se concentrará en este elemento gracias a la utilización de columnas y arquivoltas, teniendo en cuenta que esta arquitectura humilde se suele resolver con simples arcos adovelados y que no superan los gruesos normales de los muros, existiendo mínimos recercados decorativos que refuerzan visualmente los sencillos arcos de ingreso. Así sucede en las portadas de poniente de Villaseca y Zarzuela; en la portada sur de Torrecilla; en la septentrional de Mariana y la Frontera y en las de Pajares, Ribatajadilla y Ribagorda.

En las originales puertas apuntadas, resalte marcadamente estilístico, destacarán sobre las demás, las de Torrecilla, la Frontera y Ribatajada.

Será por último algo digno de resaltar, algunos otros elementos decorativos que le dan esa personalidad propia, como es el caso de la decoración vegetal como motivo más generalizado y que puede presentar la estructura foliácea como en Ribatajada o la de los capiteles historiados como la de la Virgen con el niño de la misma iglesia o esos capiteles con animales enfrentados que responden a ese gusto simétrico y que aparecen en Sotos, encuadrados incluso por un alfiz de influencia mozárabe.

El caserío en los poblamientos del Campichuelo, nacidos de la repoblación cristiana de los siglos XII y XIII es sencillo de traza, popular y localista, sin apenas elementos significativos dignos de mención, excepto los famosos "tejarozes", que cubren las puertas, algunas ventanas, balconajes o entradas a edificios.

En algunos casos, pueden abundar las rejas de forja, ahora perdidas en gran parte y que, en su momento, definirían el status de sus ocupantes, siendo siempre huella de riqueza decorativa serrana. Típico en estas construcciones eran los habituales porches de entrada, que en algunos casos, llegarían a ser usuales en localidades limítrofes a esta comarca y que, fueron perdiéndose con las remodelaciones posteriores para ganar espacio a los habitantes.

El Campichuelo es un paisaje de tierras ocres y rojas que parece susurrar entre la soledad de un árbol y el misticismo de sus iglesias románicas.

Esmaltando su campo, numerosos pueblos, molinos, aldeas y ermitas, envuelven la humildad de sus gentes, entre ese campo regado por abundantes

arroyuelos que forman la savia del tiempo que rige a los pies de esa señorial sierra de Bascuñana.

Y siguiendo siempre a mi maestro Carlos, hablar del Campichuelo es hacer perfil del ensueño porque:

"...hay corredores acorralados con pequeños sistemas de montañas porque esta rara región tiene un peculiar románico rural, elevado, señorial, entre pueblos pequeños y muy interesantes, con cuevas bodegueras y vino familiar, entre un sinfín de detalles que solo aquí puede encontrarse. Agudos paisanos y pregoneros voceros todavía sin sustituir que despiertan a pueblos durmientes que se dejan mojar por las lluvias o el olor a tomillo, regalados por los caños de las fuentes de sus plazas, tumbados al sol como un lagarto. ¡Qué gran Campichuelo, qué gran campode Ribatajada!

Y acabo con la misma estrofa de Pemán que me hizo iniciar andadura:

*"La voluntad recia y dura,
cuando se empeña, convierte
las montañas en llanuras."*

Bibliografía:

- *Actas del I Simposium Internacional del Octavo Centenario de la conquista de Cuenca. Cuenca y su territorio en la Edad media.* Diputación Provincial. Cuenca, 1982.
- Bozal, Valeriano. *Historia del Arte en España. Desde los orígenes a la ilustración.* Istmo. Colección Fundamentos. Nadríd, 1978.
- *Catálogo Monumental de la Diócesis de Cuenca.* Diputación Provincial. Cuenca, 1987.
- Oursel, Raymond: *El mundo románico.* Serie Europa Románica. Volumen 6. Ediciones Encuentro. Madrid, 1968.
- *La arquitectura románica.* Serie Europa Románica. Volumen 11. Ediciones Encuentro. Madrid, 1970.
- Nieto, Alegre y Embid. *El Románico en Cuenca.* Estudios Museo. Cuenca, 1994.
- Romero Saiz y Arribas Ballesteros. *Pueblos y Arte: El Campichuelo.* Cuenca, 2000.

"Por el camino del Románico Conquense (II): entre el Condado de Priego, las Tierras del Infantado y el Común de Huete..."

Cuenca, en su provincia, está llena de enigmas. Entre la Alta Sierra, cuna rocosa donde el viento tiene su taller escultórico y la Mancha, esa alfombra dorada que andase a destiempo el ingenioso hidalgo, está el espacio alcarreño. A sorbos de aire, como bien nos diría el culto Carlos de la Rica, volamos a la Alcarria a través de agrestes chaparros y entre su humus pictórico, los violetas con verdes pálidos sirven de telón a los desvaídos azules que cubren miles de hierbas aromáticas y cantuesos habitando los montículos y las colinas dormidas en el tiempo.

El aérea de su atmósfera es esencia para la abeja y es un olor especial el que inunda ese manto algodónero de sus nubes, cual el azul y el oro de una tabla gótica, donde casonas de recia estirpe envuelven a iglesias que hilan el románico, a veces tardío, alternando torres desentadas que se pavonean con aquellos vientos repobladores del medievo.

Un poco más a un lado, camino de la Corte, nos inunda Huete, aquella ciudad- provincia de tan recia historia, donde bien decía el poeta que "*...solía peinarse Santa Quiteria a la flauta morisca*", o paseaba San Juan, aquel hermano de los judíos conversos, que tantos hubo en esta tierra. Y entre esta ciudad y otras, el paisaje se enrosca entre montes enjutos y a veces, señoriales, para buscar el asombro entre esos jaramagos que apadrinan la rica miel de plácidas colmenas. No lejos quedó Priego, acurrucado al lado de su estrecho y embuído entre jaras del Escabas, con su torre almenada y su convento; y más a tiro de la Guadalajara histórica, una Valdeolivas medieval, adornada con el pregótico de sus candelas y su maravillosa torre, y entre lado y lado, aquellas tierras del Infantado, tierras ricas antaño y ahora, pobres por el tiempo dormido.

¡Que paisaje tan agreste y bello a la vez!, a veces variopinto, a veces lánguido, pero sereno en su quietud, violento en su contraste, puro en su esencia, y sin embargo, eterno y vivo en el tiempo.

*¡Oh, Alcarria!, patria ingente, a veces, solitaria.
Entre sus campos, bajo el sol que luce, que corona
la cancela entreabierta ungida por los sueños.
¡Oh, Alcarria, serena quietud la de tus chopos,
que prestas aromas a tus encantos y, vives,
no duermes, te engalanas, te elevas, te envileces.*

Y es que me siguen viniendo, a descalabro, palabras de mi maestro a quien tanto añoro, nuestro Carlos de la Rica, quien lanzaba voladizos líricos a esta tierra, donde cántaros y botijos de estirpe popular enmarcan la tradición de un pueblo, "*...adornado entre esas matas florecidas, curvas plegadas a las*

piedras, a los ocre, a los grisáceos, y el alcarreño, ceceño dirían otros, de mirada y pico de águila como lo era Fausto", donde alterna con campanarios y campanas que se sujetan al viento puro frente a ese terruño de sutilezas vegetales.

Y es que, hablar del condado de Priego, o de aquellas tierras del Infantado, o de la Huete capitalina, es hablar de sentimiento, de tradición, de honradez y de arte.

*Priego, altiva ciudadela sin murallas,
Huete, rincón endiosado del poeta, musulmán o judío,
Valdeolivas, arte enroscado entre su torre,
Alcocer, ¿quizás, Albendea? o, tal vez,
San Pedro, que entre Palmiches otea.*

Está claro que el avance de la Reconquista hasta la línea del Tajo va a hacer que el estilo románico, debido a las excepcionales circunstancias de frontera de estas tierras, se desarrolle en núcleos comarcales con influencias limitadas, se haga localista y rural, pudiendo recoger, de esta forma, las supervivencias prerrománicas locales y representar la continuidad, entre el mozárabe y el más antiguo mudéjar, combinada con los inevitables influjos islámicos, en las áreas donde las tradiciones hispanorromanas y visigóticas todavía eran aparentes o donde el entramado social hispanomusulmán había sido más importante.

No hay duda que las tierras de Cuenca por el norte y las de Guadalajara por el sur, forma parte de esa zona que será reconquistada a comienzos del siglo XII. Será, por tanto, en esa fecha cuando empiece su repoblación que se llevará a cabo con contingentes del norte, lo que posibilitará la entrada del estilo románico, convirtiéndose esta área en una zona natural de expansión de ese románico soriano y segoviano, particularmente el primero.

En cuanto al proceso reconquistador, básico para entender la ubicación y desarrollo de este estilo, tendríamos que decir que, la reconquista territorial de la provincia se realiza en varias fases fundamentales: una primera época durante el reinado de Alfonso VI, donde se encuentra la gran parte de las tierras de Huete y que en ese momento están bajo el dominio de Alvar Fáñez y en las que la repoblación apenas existe; esta fase se continúa con la conquista definitiva de Huete por parte de Alfonso VII y la organización de la repoblación de su alfoz; y, por último, la reconquista en tiempos de Alfonso VIII con la instalación de la Orden de Santiago, la toma de Cuenca y posteriormente, de Alarcón, Moya e Iniesta.

La Tierra de Huete se fue organizando en torno a su cabeza, aunque su situación fronteriza hizo que de forma continua sufriese descalabros en sus aldeas, ganados y cosechas. La construcción de iglesias en estos primeros momentos resultaba realmente difícil, realizándose presumiblemente sencillísimos edificios que fueron repetidamente arrasados y destruidos en las razias musulmanas.

Será en este momento de permanente inestabilidad cuando se funda el monasterio cisterciense de Monsalud, actualmente en la provincia de Guadalajara, pero en aquellos momentos unido a la suerte de Huete y sus tierras.

Se admite la fundación hacia el 1141, conociéndose el hecho de que en 1167, el arcediano de Huete donase el monasterio a la aldea de Córcoles.

En esta Tierra, los núcleos de Millana, Villaescusa de Palositos, Villalba de la Sierra, ahora en el Campichuelo y Villarejo de la Peñuela acogen iglesias parroquiales de traza románica, cuyo estudio nos permitirá ver el desarrollo de este estilo en gran parte de esta zona.

En el Condado de Priego, el estilo románico pierde su estela. No encontramos manifestaciones que pudieran hacer un estudio de su proyección, por cuanto los pueblos y aldeas que ahora conforman comarca, por entonces formaron parte del Infantado y del Común y Villa de Cuenca, como tal fuera el caso de Alcantud o Albendea.

Sin embargo, el románico conquense por esta zona limitrofe a Guadalajara tiene su más firme expresión en esas tierras del Infantado donde destaca Valdeolivas, Salmerón, Alcocer y San Pedro de Palmiches. Estas tierras conquistadas por Alvar Fañez, fueron desde el primer momento de su dominio consideradas patrimonio de los infantes y, por tanto, heredadas por hijos de reyes, cuyo mecenazgo se dejó sentir en sus magníficas iglesias, sin olvidar que las mismas se encuentran dentro de la influencia del monasterio de Monsalud, anteriormente aludido.

El fuerte influjo de los monjes cistercienses se dejó sentir en la bella portada de Millana, en las portadas de Alcocer o en la misma bóveda de la nave de Valdeolivas, donde una cuadrilla de canteros sorianos levantaron su bella torre y ejecutaron la decoración de los capiteles que ricamente adornan la citada portada de Millana.

Por otro lado, no es nada extraño analizar como en la Tierra de Huete aparecen pocos edificios de tipología románica y escaso número de iglesias comparadas con el Común de Cuenca. En realidad, habría que pensar que la construcción de edificios no fue tan sistemática como podría ser en otras zonas ya comentadas y es lógico pensar que así fuera, ya que la repoblación de este alfoz se vió varias veces malograda por los constantes ataques sufridos y que, sin duda, arrasaría edificios románicos ya construidos.

La iglesia de Santa María de Atienza debió de ser una magnífica construcción adosada al primer recinto amurallado. No existe ningún dato claro sobre su construcción inicial, pero está claro que su estilo románico de transición al gótico, del siglo XIII, le define y le singulariza. Sus restos, donde el ábside poligonal y el tramo recto del presbiterio le hace formar parte de ese grupo de iglesias repobladoras de clara traza románica y cuyo uso estaría condicionado al Común de la Villa.

Es cierto que en esta zona conquense no podríamos hablar de una tipología específica de iglesias de este estilo, en base a que el camino de penetración fue ya algo tardío, sin embargo sí que podríamos establecer un sistema arquitectónico básico al comprobar que los edificios aquí construidos pertenecen a pequeñas poblaciones, resultado de la ocupación de territorios conquistados y que siguen el modelo ya ensayado en las tierras del Duero, de donde procederán sus canteros y repobladores.

Tal es así que las características de esta arquitectura que podríamos definir como localista y popular por su programa y ejecución, podríamos generalizarlas a todas siguiendo un esquema único a excepción de aquellos núcleos de población cuya influencia de la orden Cisterciense, ámbito del monasterio de Monsalud, pudieran dejarse notar.

Serían iglesias de nave única, con presbiterio, ábside y espadaña y, se orientan, según su eje longitudinal, en la dirección este-oeste.

Sin embargo, dentro de este esquema general, podríamos señalar ligeras diferencias en su tipología que le determinarían cierta particularidad.

Analizando estos particularismos veríamos como habría iglesias con ábside semicircular y nave única, en las que algunas se van a resolver con el presbiterio al exterior, como una simple prolongación de la nave, como ocurre en el caso de Valdeolivas. Esta diferenciación queda mucho más delimitada respecto al grupo de iglesias con tres naves como encontramos en la iglesia del monasterio de Monsalud en Córcoles.

En algunos casos, con planta cuadrada, mucho más elaborada y de características más específicas, y cuyo estilo se diferencia bastante del típico comentado, que pudieran referirse a corrientes estilísticas de un carácter más prerrománico, encontraríamos en la ermita de Llanes en Abendea.

En cuanto a la bóveda, elemento que dentro de este estilo que supone un acercamiento a la perfección constructiva del edificio unido al hecho de que, al ser utilizada en zonas de singular importancia como los ábsides y presbiterios, se cargaba de contenidos simbólicos fundamentales para la comprensión del mismo. En las iglesias que nos ocupa, la bóveda se utiliza fundamentalmente para los espacios de la cabecera, presbiterio y ábside, como ocurre en la iglesia de Valdeolivas, en Villaescusa de Polositos y en el mismo monasterio de Monsalud.

Respecto a la espadaña, de traza triangular, será el elemento más común en toda esta zona, a excepción de la única torre campanario románica en Valdeolivas o, quizás, el primer cuerpo de la iglesia de Alcocer. Solamente en dos edificios de toda la zona a comentar encontramos con cripta, la de Santa María de Atienza de Huete, con espacios residuales resultantes del desnivel del terreno y la de Llanes de Albendea, que es una verdadera cripta con planta de cruz, que se resuelve con bóvedas de cañón.

Pero, no hay duda, que es la portada el elemento más característico, más personal, más propio de este Románico Conquense.

Cierto es que el carácter repoblador de estos lugares, núcleos pequeños, determinará que las portadas sean de pequeño tamaño, al igual que sus iglesias, sin embargo, perfectamente acopladas al muro meridional, y caracterizadas por el tipo de arco utilizado, darán el aporte señorial a unos edificios vetustos y perfectamente armonizados.

Portadas de arco de medio punto, algunas sin decoración y otras, con recercados decorados, con bolas en Villaescusa de Polositos o aquellas, arquivoltas compuestas y decoradas con cinco pares de columnas como la de Alcocer, o de cuatro como Millana.

Entre las portadas de arco apuntado las hay con serie de cuatro arquivoltas con sus correspondientes pares de columnas, como la de Valdeolivas, o bien, aquellas cuyas arquivoltas apuntadas recrean un cuerpo de portada que le singulariza, como es el caso de la meridional de Alcocer o la norte de Albalate de las Nogueras.

Respecto a la forma de construir, llama la atención la falta de simetría, su irregularidad y, en ciertos casos, la descomposición de los espacios. Hay que tener en cuenta que en el mundo románico, el aprendizaje del arte entre los

constructores del mismo era eminentemente práctico y las formas de construir se transmitían, por lo común, de maestro a aprendices de forma oral. Por otra parte, estas irregularidades habría que considerarlas dentro de la indiferencia general de los constructores románicos en relación con las leyes académicas de la simetría. Así, todas estas iglesias carecían de un estudio inicial para su realización y se irían construyendo directamente sobre el terreno siguiendo modelos asumidos lo que posibilitará la continua repetición de un esquema, y las supervivencias de este arte en siglos posteriores.

En cuanto a los materiales utilizados, suelen ser sencillos y locales, utilizando en la mayoría de los casos una simplísima y popular mampostería, con sillarejos como refuerzos en las esquinas. Dependiendo de la riqueza del núcleo en el que se alzan, se utilizará sillares en las partes más nobles de la iglesia como son los cuerpos de portada, ábsides, presbiterios y espadañas, e incluso, en todo el conjunto de la misma como sucede en Albalate de las Nogueras, Alcocer, Millana, Villaescusa de Polositos y Valdeolivas.

Sin embargo, es digno de resaltar como la distinta utilización de materiales y la absoluta popularización del estilo nos lleva a una enorme individualidad y diversidad de matices, de forma que, frente a los bellos ábsides realizados en sillar, de arquitectura culta en las iglesias de Monsalud en Córcoles, Santa María de Atienza en Huete y Valdeolivas, encontraremos otras con elementos mucho más pobres, como Albendea y Alcantud.

Mención aparte merece la única construcción realizada en ladrillo que hemos encontrado, no solo en esta zona, sino en toda el área de estudio del Románico Conquense y que es, la ermita de Llanes en el despoblado próximo a Albendea. De este material se realiza gran parte, al interior, de la cabecera, que se compone de tres ábsides semicirculares cubiertos con bóvedas ligeramente apuntadas en torno a un espacio central de planta cuadrada cubierto con bóveda de arista, todo ello de cuidadísima ejecución; al exterior, la construcción se realiza de mampostería.

Miguel Romero Saiz.

Académico Correspondiente de la Real Academia de la Historia.

Marzo, 2012.